

veces cada día. Sentía que me volvía mejor con la compañía de aquella inocencia; pero una mañana, la chiquilla entró tristemente en mi cuarto para despedirse de mí; les vendió el alquiler y sus padres se iban de la casa. ¿A dónde iban? Creí comprender, por lo que me dijo, que se marchaban de París. Mientras me hablaba, revolvió lo de encima de la mesa y observé que miraba con más deseo que de costumbre un objeto que hacía ya tiempo parecía que deseaba: era un escapulario de aquellos que antiguamente llevaban las monjas. Me lo había dado, cuando yo era niño, un cura ya anciano, y en su interior había una reliquia del santo cuyo nombre llevo.

—Ya que debemos separarnos—dije á la niña,—voy á dejarte esto para que te acuerdes de mí, pero no es un juguete ¿sabes? es una reliquia que da suerte al que la posee, cuando menos, así lo dicen. Cuando rezes, cógela en tus manos y ruega á Dios por el que te la ha dado; lo necesita.

Movió gravemente la cabeza para decirme que sí, y se colgó el escapulario al cuello.

—¿Y tú—le dije sonriendo—no me vas á dejar nada para recuerdo?

No pareció sorprenderse por mi pregunta; pero, después de reflexionar un momento, salió bruscamente, haciéndome seña de que volvía pronto.

Volvió, efectivamente, al cabo de un momento, con algo escondido bajo el delantal.

—¿Quiere usted esto?—me dijo poniéndome en la mano una corona de hojas de papel plateado. Es la corona que me dieron de premio en mi escuela. También le ofrecería el libro, pero mamá lo guarda para cuando sea mayor.

Y, mientras hablaba, me obligaba á ponerme su corona en la cabeza. Cuando la abracé por última vez, me acometió el triste presentimiento de que no la vería mas; la niña, por su parte, parecía entristecerse por esta separación más de lo que acostumbran á su edad. Su modo de decirme adiós revisió cierta gravedad infantil: parecía como que comprendía todo lo inseguro que hay en esta palabra siempre triste.

Mis presentimientos no se habían equivocado. Seis meses mas tarde encontré á su madre en el patio de las «Menageries.» Al verme me reconoció y pareció conmovirse.

—¿Y mi amiguita?—preguntéle.

—¡Ah, señor!—me contestó—murió no ha mucho.

Mientras estuvo enferma habló á menudo de usted, y antes de morir quiso jugar por última vez con la muñeca que usted le había regalado.

Por la noche, cuando llegué á mi casa, envolví en un trozo de paño negro la corona de papel plateado, y por triste que me pareciera con aquel velo, entre todos los recuerdos de mi vida, éste, al menos, fué largo tiempo el más puro y el más dulce. Este